

cional. Estaba seguro de no haber dicho: «¡Tío sinvergüenza!»; y el hecho de que le condenaran á quince días de cárcel por suponer que lo dijo, era para su imaginación un misterio augusto, uno de esos artículos de fe que los creyentes admiten sin comprenderlos; una revelación complicada, esplendorosa, dulce y terrible.

Aquel pobre viejo se reconocía culpable de haber ofendido místicamente al guardia número 64, como el niño que asiste al catecismo se reconoce culpable del pecado de Eva. En su sentencia le acusaban de haber dicho: «Tío sinvergüenza»; luego era indudable que lo dijo de un modo misterioso y para él ignorado. Transportábase á un mundo sobrenatural. Su sentencia era su apocalipsis.

Si no se tenía una idea muy clara de su delincuencia, la tenía mucho menos clara del castigo. Su condena le había hecho el efecto de un acto solemne, ritual y superior, de «algo» esplendoroso que no se comprende, que no se discute, y de lo cual no debía lamentarse ni vanagloriarse. Si en aquel mo-

V

DE LA SUMISIÓN DE CRAINQUEBILLE Á LAS LEYES
DE LA REPÚBLICA

Nuevamente recluso en la cárcel, Crainquebille sentóse en el taburete de su celda, penetrado de asombro y de admiración, sin darse cuenta de que los jueces se equivocaban. El tribunal le había ocultado sus debilidades íntimas bajo la majestad de las formas. Érale imposible creer que sus razones fueran las verdaderas en contra de los magistrados, cuyas razones no había comprendido. No podía concebir que algo claudicara en tan hermosa ceremonia; porque ignorante de las pompas de la Iglesia y del Elíseo, que sólo de nombre conocía, nunca vió nada tan grandioso como un juicio de policía correc-

mento hubiera visto caer del techo al presidente Bourriche con una aureola en la frente y con alas, no le hubiera sorprendido aquella nueva manifestación de la gloria judicial; sólo hubiera pensado, tal vez: «¡Carambal, continúa mi asunto.»

Al día siguiente su abogado fué á visitarle.

—¡Bravo, buen hombre! ¡no salió mal del todo! ¡Animos! Dos semanas pasan en seguida. No podemos quejarnos.

—Sí; es verdad que los jueces se mostraron muy suaves y muy correctos. ¡Ni una frase insultante! Nunca lo hubiera creído. Y el cipal se había puesto guantes blancos. ¿No lo ha reparado usted?

—Visto ya el pro y el contra, resulta indudable que hicimos bien en confesar.

—Es posible.

—Crainquebille: tengo una buena noticia que darle. Una persona caritativa, á quien he interesado por usted, me entregó cincuenta francos; los dedicaremos á pagar la multa que le han impuesto.

—Entonces ¿cuándo me entregará usted los cincuenta francos?

—Los entregaré en la escribanía. No se preocupe.

—Lo mismo da. Sea como sea, dé las gracias en mi nombre á esa persona caritativa. Y Crainquebille, pensativo, murmuró:

—Lo que me sucede no se repite con frecuencia.

—Está usted equivocado, Crainquebille.

—¿Podría usted decirme dónde guardan mi carrito?

rito, mientras que á su paso los gorriones, madrugadores y pobres como él, buscaban como él su alimento en la calle, y huían en bandadas al grito familiar de: *¡Coles, nabos, zanahorias!* Una vieja curiosa se le acercó y le dijo mientras manoseaba el apio:

—¿Qué le ha sucedido, señor Crainquebille? Hace ya tres semanas que no se le ve por aquí. Le encuentro un poco pálido. ¿Ha estado usted enfermo?

—Verá usted, señora Mailloche: he vivido sin trabajar; como los ricos.

Nada ha cambiado en su vida; pero se mete en la taberna más á menudo que de costumbre, porque supone que ha de celebrar algo y que hizo amistad con personas caritativas.

Vuelve alegre á su desván. Tendido en el jergón, se arrebuja entre los sacos de arpillera que le ha prestado el vendedor de castañas de la esquina, y reflexiona: «No hay motivo para quejarse de la cárcel; allí hay de todo. Sin embargo, me parece que un hombre está mejor en su casa.»

VI
CRAINQUEBILLE ANTE LA OPINIÓN PÚBLICA

Crainquebille salió de la cárcel, y al empujar su carrito por la calle de Montmartre, voceaba: *¡Coles, nabos, zanahorias!* No pudo sentirse orgulloso ni avergonzado de su aventura; no conservó un recuerdo aflictivo. En su tosca inteligencia, todo era como una función de teatro, un viaje, un ensueño. Le agradaba pisar lodo por las calles de la ciudad, y ver sobre su cabeza una faja de cielo plomizo, lluvioso, tan sucio como la calle: el cielo de su país. Se detenía en todas las tabernas para beber un trago; y después, alegre y libre, satisfecho, escupía en sus manos callosas para lubricar la piel, y empuñaba de nuevo las varas empujando el ca-

Su contento duró poco; pronto pudo notar que sus parroquianas le volvían la espalda.

—¿Quiere un apio muy bueno, señora Cointreau?

—No necesito nada.

—¿Cómo que no necesita nada? Me figuro que no se alimentará usted del aire.

Y la señora Cointreau, sin responderle, entra con mucha dignidad en la panadería cuyo despacho regenta. Las tenderas y las porteras, poco antes asiduas en torno del carrito verde y florido, se apartan ya de él. Cuando llega frente á la zapatería del «Angel de la Guarda», en donde tuvieron principio sus aventuras judiciales, grita:

—Señora Bayard, señora Bayard: aun me debe usted setenta y cinco céntimos.

Pero la señora Bayard, que se apoya en el mostrador, no se digna volver la cabeza.

Toda la calle de Montmartre sabe que Crainquebille acababa de salir de la prisión, y en toda la calle de Montmartre nadie le reconoce. La noticia de su condena habíase extendido por todo el barrio, y llegó hasta la esquina de la calle de Richer. Allí, á eso

de las doce, Crainquebille ve á la señora Laura, su constante y bondadosa parroquiana, inclinada sobre el carro del joven Martín. Tantea un repollo. Sus cabellos brillan al sol como abundantes hebras de oro ensortijadas. Y el joven Martín, un insignificante, un indecente, la jura con la mano puesta sobre el corazón que no hay mejor mercancía que la suya. Aquel espectáculo destroza el alma de Crainquebille. Empuja su carro para que tropiece con el del joven Martín, y dice á la señora Laura, lastimado y dolorido:

—¡Parece mentira que me abandonen así!

La señora Laura, como ella misma lo reconoce, no es una duquesa. No se ha formado una idea de la prevención y de la cárcel entre una sociedad muy distinguida, pero se puede ser honrada en todos los oficios, ¿no es cierto? Todos tenemos nuestro amor propio, y á nadie le gusta tratar con un individuo que sale de la cárcel; por esto responde á Crainquebille con un gesto de repugnancia. El viejo vendedor ambulante siente la afrenta, y ruge:

—¡Anda, so lagartona!

La señora Laura, suelta su verde repollo, y grita:

—¡Largo de ahí, viejo carcamall! ¡Ayer salió de la cárcel y se permite ya proferir insultos contra las personas!

Crainquebille, en circunstancias normales, jamás hubiera reprochado á la señora Laura su condición. Sabía muy bien que no siempre se hace en el mundo lo que se quiere, que no se escoge el oficio, y que en todos los estados hay buenas almas. Solía desconocer, prudentemente, las acciones de sus parroquianas, sin despreciar á ninguna. Tres veces llamó á la señora Laura «lagartona, pécora, desarrapada». Un grupo de curiosos agolpóse en torno de la señora Laura y de Crainquebille, que se arrojaron á la cara muchos improperios más, y que hubieran seguido injuriándose largo rato, si un agente que apareció de pronto, inmóvil y mudo, no les hubiera comunicado su silencio y su inmovilidad. Se separaron; pero aquella escena acabó de desacreditar á Crainquebille en la opinión del barrio de Montmartre y de la calle Richer.

VII

LAS CONSECUENCIAS

El pobre viejo seguía su camino y murmuraba:

—Es una lagartona; no hay mujer más lagartona en el barrio.

Pero en el fondo de su alma no era esto un reproche; no la despreció nunca por ser como era; más bien la estimó porque la creía ahorradora y ordenada. En otro tiempo charlaban los dos con mucho gusto; ella le refería sucesos de sus padres, humildes campesinos, y él, como ella, manifestaba también deseos de cultivar un huertecillo y criar gallinas. Era una excelente parroquiana. Por esto, al verla comprar un repollo al joven Martín, á ese indecente, le había dado un vuelco el cora-

zón; y al advertir que fingía despreciarle se le subió la sangre á la cabeza.

Lo peor era que los demás también le trataban como á un tiñoso. Nadie quería reconocerle. Lo mismo que la señora Laura, la señora Cointreau, la panadera, y la señora Bayard, del «Ángel de la Guarda», le despreciaban y le rechazaban. ¡Toda la sociedad!

Es decir, que por haber estado en la cárcel un par de semanas, ya no servía siquiera para vender puerros. ¿Hay justicia en esto? ¿Es posible que se deje morir de hambre á un honrado viejo, porque tuvo una disputa con un guardia de Orden público? Si no le consentían que vendiera verduras le condenaban á morir de hambre.

Crainquebille se agriaba, como el vino mal envasado. Después de haber tenido «algunas palabras» con la señora Laura, discutía con todo el mundo. Por lo más mínimo les decía cuatro descaros á las compradoras. Cuando sobaban mucho la mercancía las llamaba sencillamente reparonas y cicateras; en la taberna peleábase con todos los com-

pañeros. Su amigo el vendedor de castañas no le reconocía; Crainquebille se transformaba; era ya una especie de puerco espín. No puede negarse que se volvía incongruente, transnochador, borracho y crapuloso. Como juzgaba imperfecta la sociedad y tenía menos recursos que un profesor de la Escuela de Ciencias Morales y Políticas para expresar sus ideas acerca de los vicios del sistema y de las reformas necesarias, protestaba de aquel modo; sus pensamientos no se desarrollaban en su cerebro con orden y medida.

La desgracia le hizo injusto; vengábase en aquellos que nunca le desearon ningún mal, y con frecuencia en seres más débiles que él. Una vez dió un bofetón al hijo del tabernero por haberle preguntado si se vivía con holgura en la cárcel, y añadió:

—¡Canalla! tu padre sí que debiera estar en la cárcel, porque nos vende venenos para enriquecerse.

Aquel acto y estas palabras no le honraron, pues como el castaño se lo demostró justamente, no se debe pegar á un niño, ni

hablarle mal de sus padres, porque nadie ha elegido á sus padres.

Dedicóse á beber, y cuanto menos dinero ganaba más aguardiente bebía. Ahorrador y sobrio en otro tiempo, á él mismo le maravillaba el cambio.

«Nunca fui derrochador—se decía—. Es posible que al envejecer se vuelvan los hombres menos razonables.»

A veces juzgaba severamente su mala conducta y su pereza:

«Mi buen Crainquebille, ya sólo sirves para empinar el codo.»

Otras veces engañábase á sí mismo, persuadiéndose de que bebía por necesidad:

«Es preciso que de cuando en cuando beba un trago de vino para tomar fuerzas y refrescarme. Seguramente algo me abrasa por dentro, y la bebida me refresca.»

Con frecuencia llegaba tarde al mercado, y sólo podía comprar, si se las fiaban, hortalizas mustias.

Al sentir una vez que le flojeaban las piernas y que se le oprimía el corazón, dejó su carro en la cochera y pasó todo el santo

día de Dios dando vueltas en torno del puesto de Rosa la mondonguera, y de todos los puestos del mercado. Por la noche, sentado sobre un canasto, dióse cuenta de su abatimiento.

Recordó su esfuerzo varonil y sus anti-guos trabajos, sus enormes fatigas y sus ganancias, sus días innumerables, monótonos y laboriosos; sus paseos de noche en espera de la hora en que abren el mercado; las verduras cogidas á brazados y dispuestas con arte en el carrito; el café caliente de la tía Teodora bebido á escape y en pie, sin soltar siquiera una de las varas; su voceo agudo como el canto de un gallo, que desgarraba el aire matinal; su caminata por las calles populosas; su vida inocente de rucio humano, que durante medio siglo llevó en su comercio ambulante á los ciudadanos, abrasados por el insomnio y las preocupaciones, la cosecha lozana de los huertos.

Meneó la cabeza y dijo:

—¡No! No tengo las fuerzas que tenía. Estoy desfallecido. Tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe. Y desde aquel

altercado con la justicia mi carácter se agrió. No soy el que fui, ¡vaya!

Sentíase abrumado, impotente. Cuando llega un hombre á semejante situación es un caído incapaz de levantarse. Todos los que pasan le pisotean.

VII

LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS

Llegó la miseria, la triste miseria. El viejo vendedor ambulante, que en otro tiempo recaudaba en el barrio de Montmartre muchas monedas de cinco francos, ya no tenía un céntimo. Era en invierno.

Arrojado de su desván, durmió bajo los carros en un cobertizo. Llovió durante veinticuatro días, los canalones desbordaron y el cobertizo se inundó.

Acurrucado en su carrito sobre las aguas mortíferas, entre arañas, ratas y gatos hambrientos, en la obscuridad, meditó.

Llevaba muchas horas sin comer, sin otro abrigo que los sacos del vendedor de castañas, y recordó los quince días pasados en la

cárcel, donde la justicia le dió cama y alimento. Envidió la fortuna de los encarcelados, que no padecen frío ni hambre, y tuvo una idea.

«Puesto que ya conozco el recurso, ¿por qué no emplearlo?»

Levantóse, y salió á la calle. Serían las diez. La noche estaba desapacible y tristoná. Invadía el espacio una niebla más penetrante y más fría que la lluvia. Algunos transeúntes circulaban, arrimados á la pared.

Crainquebille pasó junto á la iglesia de San Eustaquio, y se metió por la solitaria calle de Montmartre. Un guardia de Orden público estaba plantado en la acera, á la sombra de la iglesia, bajo un farol; veíase caer en torno de la luz una lluvia rojiza, que el guardia recibía impasible sobre el capuchón; su aspecto era lastimoso; pero ya porque prefiriese la luz á la obscuridad, ó porque se sintiera cansado de andar, permanecía bajo aquel farol, que tal vez juzgaba como un compañero, un amigo. Aquella temblorosa luz era su distracción única en la noche triste. La inmovilidad de aquel hombre no parecía del todo humana; el reflejo de sus bo-

tas en la acera mojada, semejante á un lago, prolongaba su figura, y le daba, desde lejos, las apariencias de un monstruo, anfibio, sumergido por mitad en el agua. Más de cerca ofrecía, con su capuchón y su sable, cierto aspecto monacal y militar. Los duros rasgos de su rostro, agrandados por la sombra que proyectaba el capuchón, se mostraban resignados y macilentos. Era su bigote muy poblado, corto y gris.

Crainquebille acercóse humildemente á él, y con voz débil, temblorosa, le dijo:

—¡Tío sinvergüenzal!

Luego esperó el consabido efecto de aquella frase; pero no fué tomada en consideración.

El guardia continuó inmóvil y mudo, con los brazos cruzados bajo la esclavina impermeable. Sus ojos muy abiertos, brillantes en la obscuridad, contemplaban á Crainquebille con tristeza, vigilancia y desprecio.

Crainquebille, extrañado, pero decidido aún, balbuceó:

—¡Tío sinvergüenzal! Le llamo tío sinvergüenza.

Hubo un momento de silencio; caía la lluvia fina y roja y reinaba una obscuridad glacial. Por fin habló el guardia:

—No debe usted decir eso... No debe usted decir palabrotas. A su edad es necesario tener más prudencia... Siga su camino.

—¿Por qué no me detiene usted?—preguntó Crainquebille.

El guardia meneó la cabeza bajo su capuchón humedecido, y respondió:

—Si tuviéramos que detener á todos los vagabundos que dicen lo que no deben decir, sería cuento de no acabar... y ¿de qué serviría?

Crainquebille, anonadado por aquel desprecio magnífico, permaneció mucho rato atónito y mudo, con los pies en el agua; y antes de irse quiso dar una explicación:

—Realmente no es á usted á quien he llamado «tío sinvergüenza». Lo dije con otras miras. Mi propósito no era insultarle.

El guardia respondió con austera dulzura:

—Sea cual fuere su propósito no debe usted decirlo; cuando un hombre, para cumplir con su deber sufre tantas fatigas, no

merece que le insulten con palabras fútiles...
Le ruego que siga su camino...

Crainquebille bajó la cabeza, dejó colgantes los brazos caídos, y desapareció bajo la lluvia, en la obscuridad silenciosa.